



9

# COMPENDIO

DE LA VIDA

DEL B. JUAN DE RIBERA,

PATRIARCA DE ANTIOQUIA,

ARZOBISPO Y VIRREY DE VALENCIA.



*EN VALENCIA:*

EN LA OFICINA DE SALVADOR FAULÍ,

Año 1797.





**1** En la Ciudad de Sevilla, Capital de una de las dos partes en que se divide la Andalucia, nació nuestro Beato Juan de Ribera en el mes de Marzo de 1532, gobernando la Iglesia Catolica el Papa Clemente VII., y la Monarquía de España el Emperador Carlos V. Fue su Padre D. Pedro de Ribera, Caballero muy esclarecido entre los muchos que tiene España, no solo por la muy antigua nobleza de la Casa de Ribera, sino tambien por los brillantes empleos de Capitan General de Cataluña, y Virrey de Napoles, que exerció con sumo credito, y por sus propias virtudes, con las que se adquirió la particular benevolencia de Felipe II. Rey de España.

**2** El primer cuidado de tan sabio Padre fue el reengendrar y ofrecer á Dios por el santo Bautismo á nuestro Beato, al que

no sin feliz presagio se le dió el nombre de Juan: ya que el Cielo queria se efectuasen los paternales designios de que su hijo fuese semejante á aquel gran Santo, Precursor del hijo de Dios, Juan Bautista. Llegado pues á la edad conveniente, y provisto por el Padre de Maestros que le enseñasen los primeros rudimentos de la virtud y de las ciencias, supo dar tales pruebas de candor angelical y de maravillosa inclinacion á la virtud, que claramente manifestaban, que la devocion y compostura que se descubrian en aquel niño, no eran solo apariencias, sino fundamentos solidos, sobre los quales queria el Señor levantar una virtud heroyca, y una gran columna de la Iglesia.

3 Con estos bellos principios de devocion y de virtud, que eran como el modelo que formaba la mano del soberano Artifice para que llegase á ser Santo, crecia nuestro Bienaventurado joven, siendo ya en aquella tierna edad (quando no hay idea alguna de virtud) la admiracion de todos, viendo en un niño tan singular devocion, tan sensible gusto en los exercicios de piedad,

dad, tan admirable retiro, un vestir tan humilde y sencillo, y una tan maravillosa modestia. Por lo mismo era no solo en extremo cauto, y vigilante en todas sus acciones y palabras, sino tambien en el ver, y oir en los demas qualquiera cosa que pudiese ofender la angelical y delicada virtud de la pureza, que conservó intacta desde la cuna hasta el sepulcro. Fue esto tan notorio y observado de todos, que para decir ó hacer cosa menos honesta, se avisaban diciendo: *Cuidado que Juan no nos vea, y ni nos oyga.*

4 Ya habia llegado nuestro Beato á la edad de doce años, quando concluidos los estudios de las bellas letras, quiso su Padre enviarlo á Salamanca á estudiar la Filosofia y Teologia. Aqui fue pues en donde empezó el Infierno á urdir sus diabolicas tramas, con el fin de trastornar la Fe, y tambien el alma de nuestro inocente joven; porque con esta ocasion de haber de ir D. Juan á la Universidad de Salamanca, propusieron á D. Pedro en qualidad de Ayo al Sacerdote *Mañso*, hombre de singular cre-

credito en virtud y doctrina. Alegróse mucho D. Pedro creyendo fiar la educacion del hijo mas á un Angel, que á un hombre; pero Dios que tenia muy diferentes miras sobre D. Juan, dispuso que dicho Sacerdote enfermase antes de emprender su viage, por lo que fue preciso que D. Pedro buscase nuevo Ayo: disposicion del Cielo, con la qual nuestro Beato se libró del inminente peligro de perder la Fe; pues á poco tiempo se descubrió que dicho Sacerdote era Herege, y como á tal fue severamente castigado por el Santo Oficio. Habiendo pues D. Juan llegado á aquella famosa Universidad, parece que el Señor habia enviado con él un modelo de circunspeccion y de virtud, para exemplo de los buenos, y correccion de los malos. Tal era su hablar medido y humilde, su trato grave, y al mismo tiempo afable, su continua asistencia á los Divinos Oficios, la frecuencia de Sacramentos, y su singular retiro: por esto en breve tiempo se grangeó un particular credito y universal estimacion entre los Discipulos, y hasta de los mismos Maestros;

y

y no fue una vez sola en la que estos propusieron á nuestro D. Juan por norma y modelo de vida arreglada, pues en publica aula solian decir: *Señores, adviertan ustedes, y observen, que Dios nuestro Señor ha enviado en estos tiempos á D. Juan de Ribera, para exemplo y reforma de esta celebre Universidad de Salamanca.*

5 La Fe de nuestro Beato debia por segunda vez ser combatida. Se hallaba D. Juan en la edad de diez y siete años, y la entereza y formalidad de sus costumbres eran ya de hombre maduro, y de gran juicio, quando dos Maestros de mucho credito que habia en Sevilla, aconsejaron al Duque D. Pedro que enviase á D. Juan á Padua, en donde con singular credito y aprovechamiento de la juventud (decian) se enseñan la Filosofia y Teologia. Deseoso en gran manera D. Pedro de los adelantamientos de su hijo, de buena voluntad abrazó el partido, y llamó al instante á D. Juan de Salamanca á Sevilla, para enviarlo á Padua baxo la direccion del Dr. Ruiz, hombre al parecer el mas á propósito, por ser no

solo docto , sino tambien practico , y haber él mismo estudiado en Padua. Pero Dios que lo dispone todo segun los designios de su incomprehensible providencia , hizo que D. Pedro improvisamente , y sin saberse la causa , mudase de parecer , mandando que D. Juan volviera segunda vez á Salamanca á continuar sus estudios. El mundo culparia á D. Pedro de ligereza ; pero Dios hizo ver que fue disposicion suya para librar á D. Juan del peligro de perder la Fe : pues de alli á poco tiempo el tal Ruiz fue preso por el Santo Oficio como famoso Lúterano, y castigado como á tal.

6 Vencidas asi las asechanzas del infernal enemigo , y vuelto D. Juan á Salamanca á seguir sus estudios , continuó tambien como antes con la misma aplicacion, y tenor de vida exemplar : y como si quiesiese contender amorosamente con el Señor , al modo que este en recompensa de su exemplar vida le habia librado del inminente peligro de perder la Fe ; asi él para corresponder á tantos beneficios como el Señor le habia hecho, de dia en dia con la

gra-

gracia se ejercitaba mas en la virtud , era mas fuerte contra los asaltos del comun enemigo , mas aficionado á la oracion , mas penitente , mas humilde , y mas modesto: de tal manera , que parecia haber con maravilloso modo apropiadose , y convertido en premio y recompensa lo que habia recibido graciosamente del Señor , viviendo entre los hombres como sino morase sobre la tierra. Su retiro era grande , tratando con solos dos de sus Condiscipulos , y estos , ambos exemplares de virtud viviendo , y cuya muerte fue dulce y preciosa en la presencia del Señor ( como de su exemplar vida creemos ) , estos eran D. Fernando de Toledo , y D. Antonio de Cordova : fue tan modesto , que por sobrenombre le llamaban : *La casta doncella*. En la comida era tan parco , que mas parecia comer para no morirse , que para vivir : ayunaba todos los Lunes del año , y los Viernes á pan y agua. El mejor plato que en los otros dias se ponía á su mesa , lo daba á los pobres , reservando para sí las solas yerbas y legumbres.

7. Y si en el ayuno era D. Juan tan aus-

te-

tero, no eran menos pasmosas las demas mortificaciones y penitencias, con que procuraba con maravilloso arte affligir la carne, y domar las pasiones. Las horas destinadas al preciso descanso, eran para D. Juan mas para atormentarse, que para dormir, siendo ordinariamente su cama, ó el aspero corcho, ó las duras tablas, y muchas veces la desnuda tierra. Las disciplinas hasta deramar copiosamente la sangre: los cilicios continuos, y las freqüentes vîgalias eran las delicias de aquel espiritu penitente; mas sobre todo le eran muy de su agrado las horas destinadas á la oracion, en las que se entretenia en muy dulce contemplacion, ya con el amabilisimo Jesus crucificado por nosotros, ya con el inefable prodigio de amor que manifesta en el augusto Sacramento de la Eucaristia.

8 Mas aunque con estas penitencias y vigalias se avigoraba su espiritu, y el alma se hacia mas y mas pura y agradable á su Criador; con todo debilitaban sus fuerzas corporales, de modo que cayó gravemente enfermo, sospechandose fuese etiquez,  
CO-

como parecia manifestarlo una continua y lenta calentura, que suele ser el indicio de tan perniciosa dolencia. Con este motivo mandó D. Pedro que Juan volviese á los ayres nativos de Sevilla. No fue menor aqui el exemplo de sus virtudes estando enfermo, que lo habia sido en Salamanca quando gozaba de perfecta salud: y si bien con suma repugnancia de su penitente espiritu afloxó algun tanto en las primeras austeridades, resignandose en la voluntad de los Profesores, como si fuera en la de Dios; en premio de esta virtuosa sumision le concedió el Señor que prontamente se hallase del todo restablecido.

9 Recobrada pues la salud, emprendió D. Juan su ordinario tenor de vida, y se volvió á Salamanca, en donde acabados con sumo aplauso los estudios de Teologia y sagrados Canones, recibió el Grado de Doctor con aprobacion y jubilo de toda aquella celebre Universidad. Solo el comun enemigo era el que con odio infernal aborre-  
cia á D. Juan, procurando con todas sus fuerzas la ruina de la Fe en el Santo joven,  
pre-

previando ya la guerra que habia de hacerle algun dia. Por dos veces habia el Señor librado á Juan, y sacadole del peligro de perder la Religion y Fe Católica; y aunque en ambas ocasiones habian sido rotos los infernales lazos, intentó aun por la tercera vez el demonio derribar la Fe de nuestro Bienaventurado joven. Hallabase Virrey de Cataluña D. Pedro, quando pasó por Barcelona un famoso Doctór en Teologia, llamado Constantino, el qual habia servido al Rey Felipe II. en calidad de Predicador. Como dicho Doctór debia ir á Sevilla, creyó D. Pedro que era esta la mejor ocasion para que D. Juan fuese plenamente instruido en la ciencia de la Escritura, por lo tanto rogó al Doctór Constantino, que en Sevilla diese á su hijo algunas lecciones de Escritura, lo qual Constantino prometió hacer. Mas Dios que no queria á este por Maestro de D. Juan, le infundió en el animo tal aversion, que sin embargo del mandamiento de D. Pedro, y haber sido siempre muy obediente á su Padre, jamás pudo reducirse, no solo á oir sus lecciones,

nes , pero ni aun á tratarle. Se vió bien el particular cuidado que el Señor tenia de nuestro Beato , pues de alli á poco tiempo fue como los otros dos preso por el Santo Oficio ; y aunque convicto , murió impenitente.

10 Prevenido asi D. Juan por la Divina gracia , y enriquecido con todas las virtudes christianas , pasó á Sevilla para disponerse á recibir los sagrados Ordenes , pues Dios le llamaba á este estado. Qual fuese esta preparacion , facilmente se podrá entender , ya por el gran concepto que tenia de tan augusta dignidad , ya por la santa vida y angelical candor que habia conservado hasta entonces. El dia pues 7 de Mayo de 1557 recibió los sagrados Ordenes , y con ellos recibió tambien su virtud un nuevo esfuerzo de heroismo y perfeccion. De alli á poco volvió otra vez á Salamanca , y á breve tiempo fue nombrado publico Profesor de Teologia , con aprobacion y universal jubilo de todos los Maestros y Discipulos de aquella Universidad.

11 Informado el Rey Catolico de las  
be-

bellas circunstancias y singulares meritos de nuestro D. Juan, le nombró Obispo de Badajoz. Fue increíble el disgusto que tuvo el Beato al recibir esta no esperada noticia, teniendose por indigno del mas minimo honor, quanto mas de la Dignidad y Prelacia. Y claramente manifestó el humilde y baxo concepto que tenia de sí mismo; porque inmediatamente escribió al Rey Felipe renunciando humildemente aquella Dignidad, como no proporcionada (segun él creía) á sus meritos, y superior á sus fuerzas. Mas con todo quanto él representó, con estos, y otros motivos, no fue absolutamente posible que el Rey admitiese la renuncia; y así creyendo D. Juan ser voluntad de Dios que él gobernase su grey, confiando unicamente en el que le imponia aquella carga, admitió el Obispado.

12 Si fue grande el gusto que tuvo el Rey Felipe por esta admision de D. Juan, fue aun mucho mayor el que sintió el Santo Pontifice Pio V. quando el Rey se lo hizo saber. Este Sumo Pontifice, que ya sabía los meritos y grandes virtudes de nuestro  
Bea-

Beato, veía haberse nombrado para la dignidad Episcopal un sugeto benemerito, cuyas virtudes bien preveía que de tal modo habian de resplandecer á los ojos de los hombres, que estos glorificasen á nuestro Padre que está en los Cielos (Matth.v.16.). Y que no fuese otra la opinion que el Santo Padre tenia de los meritos de D. Juan, lo prueba bien el elogio que de él hizo en publico Consistorio, diciendo: *Que D. Juan merecia mas bien la Suprema Catedra, que el que entonces la ocupaba.*

13 Apenas fue consagrado, y entró en su Iglesia, empezó á exercitar su Ministerio con una rigurosa y austera reforma de sí mismo, aunque la necesitase poco. Aquellos dos objetos de meditacion, no menos formidables que ciertos, de haber de morir, y dar despues al Soberano Juez una muy exâcta cuenta de todas sus acciones, y las de sus subditos, asi como fueron la base de su gobierno, tambien le acompañaron hasta el sepulcro, siendo por toda la vida el alma de sus acciones. Por lo tanto redobló las vigiliass, las oraciones, ayunos

nos y penitencias , implorando continuamente del Señor su santa asistencia , para poder cumplir las grandes obligaciones de su cargo , siendo esta una empresa que él admitió solo por su mayor gloria. Y parece que el Señor oyó benigno tan santas y justas peticiones ; pues de tal modo lo enriqueció con su gracia , que no hubo virtud necesaria á la dignidad de Obispo , que no resplandeciese en D. Juan en grado eminente y heroyco. Un admirable zelo del honor y gloria de su ley hacia que velase de continuo sobre sus subditos , que los instruyese con Sermones , que los amonestase con exhortaciones , los reprehendiese con castigos, y que cortase los escandalos, y plantase la virtud. Una muy fervorosa caridad le obligaba á mirar al subdito como á su misma persona , y aun mas que á sí mismo ; porque muchas veces no perdonaba á sí propio , por socorrer á sus amados Diocesanos. No habia necesidad , que no remediase : afliccion, que no consolase : pobre , que no amparase : trabajo , que no alentase su caridad : miseria , que no le pa-

sa-

sase el corazon. Administraba con sus propias manos los Santos Sacramentos á sus subditos: él mismo llevaba á sus casas el Santo Viatico, y con mayor placer, y lagrimas de espiritual consuelo quando eran pobres, á los que socorria despues largamente con abundantes limosnas, y regalaba con cariño de Padre, enviando algun plato de su mesa, dulces, y otras cosas. En una palabra, D. Juan, como otro S. Pablo, era todo para todos.

14 Mas asi como una Ciudad situada sobre la cumbre de un monte, no puede estar escondida de la vista de los hombres; y si nadie enciende la antorcha para tenerla oculta, antes bien la coloca sobre el candelero para que alumbré la casa, y á los que están en ella (Matth. 14. y 15.); así D. Juan eminente y glorioso por sus virtudes, no pudo estar oculto, sin que el esplendor de sus meritos dexase de ilustrar toda la España, y aun la Italia, siendo (como verdadero Discipulo de Jesuchristo) luz del mundo. Por ser estrecho y muy angosto el Obispado de Badajoz para el exercicio de tan

B

he-

heroycas virtudes , necesitaba su zelo , y su caridad otro mas dilatado y abundante campo , para que fuese mas copiosa la miez del Señor , y creciendo el merito , fuese mayor el galardón.

15 Por muerte del Ilmo. Sr. D. Fernando de Loazes estaban vacantes las dos Dignidades de Patriarca de Antioquia , y de Arzobispo de Valencia. Y aunque el Sumo Pontífice S. Pio V. , y el Rey Católico desde que habian elevado á D. Juan al Obispado , estaban bien enterados de los muchos y grandes meritos de nuestro Beato; con todo la fama de su santa vida se habia aumentado tanto , que así S. Pio V. como el Rey Católico pusieron inmediatamente la mira en nuestro santo Obispo para conferirle ambas Dignidades de Patriarca de Antioquia , y Arzobispo de Valencia.

16 Desagradó sumamente al humilde espíritu de D. Juan tan inesperada noticia, teniendose por la mas vil de todas las criaturas. Por esto buscó todos los medios posibles para renunciar una dignidad , que ( á su parecer ) no merecia , y de la qual era in-

indigno. Animado pues de esta su profunda humildad, y fundado en el estrecho enlace que el Obispo contrae con su Iglesia, y por otras muchas razones que su humilde espíritu supo dictarle, envió la renuncia al Rey Felipe por mano de su Tio el Marques Federico Enriquez. Pero Felipe II. que conocia bien el carácter de las personas, viendo que la renuncia de D. Juan provenia de su virtuosa humildad, le volvió á escribir encargandole aceptase el Arzobispado, y que esto sería para mayor gloria de Dios. Convencido D. Juan, y como obligado tan generosamente por las instancias del Rey, con indecible jubilo de S. M., y del Sumo Pontifice Pio V. que le habia nombrado tambien Patriarca de Antioquia, aceptó el Arzobispado de Valencia, y muy presto con universal sentimiento y lagrimas de sus subditos, mayormente de los pobres de su primera Diocesis, marchó para Valencia, donde llegó el 21 de Marzo de 1569 con aquel deseo y aplauso que correspondia al amor de aquellos Ciudadanos, y al concepto de santidad en que todos le tenian.

17 Apenas un año que D. Juan habia empezado el gobierno de su Arzobispado, quando de repente se sintió asaltado de funestos pensamientos, de temores, y de dudas por haber dexado su primera Iglesia: y aunque él habia admitido el Arzobispado con la sola mira de seguir los designios de Dios, y para mejor servirle en aquel mas vasto campo del Señor; con todo eso siendo el Arzobispado de Valencia mucho mas honorifico, y de mas pingües rentas, temia mucho que el demonio baxo el pretexto de mayor bien le hubiese envuelto en sus lazos, haciendole dexar su primera Esposa. Y en tanta manera atormentaban su animo estos pensamientos, que pérdida aquella dulce tranquilidad, propia de los Santos, no podia hallar reposo ni de dia, ni de noche; y asi siendole imposible contrarestar tales congojas, al fin determinó escribir al Santo Pontifice Pio V., pidiendole con suma humildad el permiso de renunciar el Arzobispado de Valencia. Pero la gran virtud y humildad de S. Pio conoció luego, que la renuncia de nuestro Beato solo prove-

venia de su profunda humildad, y del temor de ofender á Dios en la mas minima culpa. Respondióle pues con un Breve, en el qual con aquel espiritu que le era propio, satisfacía á las dudas, soltaba las dificultades, y le esforzaba y animaba á seguir vigorosamente la obra del Señor, por cuya voluntad la habia aceptado.

18 Recibió este Breve nuestro Bienaventurado Obispo con aquel aprecio y veneracion debida á la Santidad de un tan grande Pontifice, y segun era la profunda humildad y sumision de D. Juan. Por lo qual sosegado su agitado espiritu, volvió á la primera tranquilidad, conformandose con la voluntad de Dios, manifesta por la de su Vicario.

19 Debiendo pues D. Juan comenzar una obra, que unicamente habia de ser para gloria de Dios, de tal manera la empezó, y siguió hasta la muerte, que parecia tener por modelo aquella obligacion que S. Pablo impone á los Obispos de ser irreprehensibles (Paul. ad Timoth. 3.). Por esto no solo se apartó y aborreció el pecado, sino



no que tambien estuvo dotado de todas aquellas virtudes , que constituyen Santo á un Obispo. Y empezando por la propia casa , asi la gobernaba , que mas parecia Monasterio de exemplares Virgenes , que Palacio de un Arzobispo , y de un Principe. En todas las Festividades de Jesuchristo, y de su Santisima Madre la Virgen Maria, y de otros muchos Santos confesaban todos sus familiares , y él mismo para asegurarse mas, les daba la Comunión. Tenia Maestros para los Pages , á quienes todas las semanas pedia cuenta rigurosa , no solo de lo que aprovechaban en las letras , sino tambien si rezaban todos los dias el Oficio de la Santisima Virgen , y su santo Rosario , como se exercitaban en la leccion espiritual , y en la oracion. Enemiguísimo que se perdiese el tiempo , particularmente en cosas vanas, despachó inmediatamente á un Page suyo, solo porque hablaba con una muger desde las ventanas de Palacio. Nunca se vió en su familia que alguno vistiese seda , aunque habia en ella muchos hijos de grandes de España. Asi gobernaba su casa , quien con

tan-

tanto esplendor y gloria gobernaba en la Iglesia de Jesuchristo.

20 Y en efecto así debia gobernar estando tan admirablemente afianzado en la Fe, que es el fundamento de todas las virtudes christianas; y esta bien se ve en que grado de heroismo se hallaba en D. Juan, si se considera haber sido esta virtud la que en él mas combatió el demonio desde su mas tierna edad, previendo bien el maligno espiritu la guerra que con ella habia de hacerle. Efecto de esta misma virtud fue el ardiente zelo con que tanto de obra, como de palabra perseguia á los enemigos de nuestra santa Fe: su continua vigilancia en evitar todo escandalo, y volver á los Hereges, Protestantes, y Moriscos de su Diocesi á la senda de la verdad: el combatir los errores de estos, no solo con frecuentes sermones y platicas, sí tambien con familiares discursos: en suma procurando quitar las ocasiones mas remotas. Era sin limites su vigilancia en no permitir ni la introduccion, ni la lectura de libros prohibidos. Quanto se afligió, y quantas lagrimas derramó

ra-

ramó por la paz ajustada el año 1604 entre la España é Inglaterra, y despues con Flandes, solo porque tratando los Españoles con los Hereges y Protestantes, podía recibir perjuicio la Fe Catolica? ; Con que zelo escribió D. Juan al Rey Felipe III. quando los Hereges en Sevilla no prestaban el debido respeto á Jesus Sacramentado al encontrarle por las calles?

21 Pero á la gran Fe de nuestro Beato no era inferior su admirable esperanza, con la qual quanto mas desconfiaba de sus fuerzas, tanto mas, fortalecido de la Divina misericordia, y del infinito valor de los meritos de Jesuchristo, tenia una muy segura confianza de que obrando bien, habia de gozar algun dia la eterna felicidad. De aqui nacia aquel santo odio de las riquezas, alabanzas, honores, y todo lo demas que el mundo llama bienes; pero que en realidad solo son estorbos para caminar al Cielo: por esto renunció el Obispado, y dos veces la dignidad de Arzobispo, y constantemente huyó tantas distinciones, honores, y preeminencias, que le manifestaron é hicie-

cieron los mayores personages del Reyno, y los mismos Reyes. Consideraba todas estas cosas como vanas, inutiles y nocivas para quien no tiene otra mira, que el Cielo; y asi como debia él conservar incesantemente un muy vivo deseo de romper los debiles lazos del cuerpo para gozar de su amado Dios en la feliz eternidad, asi quando se le hablaba de esto, solia decir: *Vamos allá, vamos allá*: tan grande era el deseo que tenia: tan enamorado estaba.

22 Y como Dios es el objeto de la Bienaventuranza á que debemos aspirar, forzoso es, que dirigiendose todas las acciones de nuestro Beato á la eterna felicidad, caminase igualmente á Dios, lo amase con todas sus fuerzas, y con toda su alma. Esta fue aquella gran virtud, que con mayores brillos adornó su bienaventurado espiritu; porque todo quanto pensó, quiso, y obró mientras vivió en este mundo, todo lo olvidó, menos á Dios: jamas tuvo otra mira, sino la de complacer á su amado Señor, su exáltacion, y mayor gloria. De este grande amor á Dios nacia aquellas muchas

chas y freqüentes horas de oracion , que dulcemente empleaba con Jesus Sacramentado : aquella devocion con que se disponia , y celebraba el augusto Sacrificio de la santa Misa , cosas que manifiestan bien qual fuese el centro de su corazon. De este mismo amor de Dios procedia , que no solo estuvo durante su vida apartado de culpa grave , conservando sin mancha hasta la muerte la gracia del Bautismo ( como depuso el P. Francisco Escrivá , que fue su Confesor quarenta y dos años ) sí que tambien constantemente guardó suma vigilancia aun en las cosas mas leves. Prueba de esto es , que habiendose olvidado pedir dispensa de ir á Roma á visitar los Santos Apostoles S. Pedro y S. Pablo , fue tan grande la pena y afliccion de D. Juan , que no solo consultó á los Teologos , sí que tambien quiso oir el dictamen del Ilmo. Obispo de Segorbe , y aunque todos fueron de parecer no haber cometido la menor culpa , con todo inmediatamente envió á Roma á sus costas persona de confianza á cumplir aquella obligacion. Exemplo que vió y ad-

admiró Roma, considerando en esto la puntual y exácta obediencia de un Prelado tan visiblemente timorato y santo.

23 Igualmente nacia de este heroyco amor á Dios aquel congojoso afan, aquellas lagrimas de vivo dolor, que derramaba al oir los escandalos que se cometian contra su amable Redentor. Y quantas veces herido de santo zelo al oir las ofensas de Dios, exclamaba á presencia de muchos que le oían : *¡ Ah , Señores , por que no he de llorar yo como merecen los pecados de la Republica ! ¡ por que no he de poder derramar por ellos lagrimas de viva sangre !* Animado de estos sentimientos , estableció que en su Colegio todos los Viernes del año se cantase un solemne *Miserere*, para implorar del Señor la conversion de los pecadores. ¿ De que medios no se valió para evitar los escandalos que los Moriscos causaban en España ? ¿ quanto trabajó para convertirlos ? ¿ que no le costó , yendo de tierra en tierra , y de casa en casa , para amonestarlos , para instruirlos , para confutarlos , para reducirlos ? y en fin ¿ quanto hizo para desterrarlos y arrojarlos de toda España ?

24 ; Y que podremos jamas decir , que sea bastante para explicar la gran devocion y admirable ternura que tuvo D. Juan al augusto Sacramento de la Eucaristia , con quien tan dulcemente se recreaba , como si gozase ya , y descansase en aquella bienaventurada felicidad , para la que habia sido criado , y ahora dichosamente goza ? Aqui era en donde derritiendose en un inmenso incendio de amor Divino , derramaba abundantisimas lagrimas de ternura : aqui donde el Ministro que le servia en la santa Misa , vió la Hostia con que celebraba , rodeada de celestiales resplandores : aqui en donde se vió su rostro circuido de soberana luz : aqui finalmente en donde le vieron los circunstantes , con no menor asombro , que consuelo , elevado en el ayre. Por este inmenso amor , y porque ( como él mismo decia ) *tan soberano Señor tuviese á lo menos un pobre rincon en donde fuese alabado , y habitase gustoso* , fundó aquel magnifico y celebre Colegio, que en memoria de tan gran Sacramento quiso se llamase de *Corpus Christi*. Colegio que tanto por las santas consti-  
tu-

tuciones que le dió nuestro Beato, como por la exemplaridad con que hasta el presente las observan sus individuos, ha sido siempre y es ahora el modelo de toda España, particularmente en la devocion al augusto Sacramento del Altar. Finalmente era tal el afecto de D. Juan á este Sacramento, que no solo mandó á sus domesticos que mutuamente se saludasen, diciendo: *Alabado sea el Santísimo Sacramento*, sino tambien dexó el nobilísimo escudo de su Casa de Ribera, y tomó en su lugar un Caliz con Patena, y Hostia, en medio de dos braseros encendidos, y este amoroso Emblema: *Tibi post haec, fili mi, ultra quid faciam?*

25 Pero asi como no puede haber amor de Dios sin amor del proximo, asi quanto mas excelente se manifestaba aquel en nuestro Beato, tanto mas admirable era su caridad con el proximo. En efecto eran excesivamente extraordinarios sus cuidados y desvelos para socorrer en toda necesidad á los Diocesanos pobres. En primer lugar, despues de haber cenado la familia, jamas se

se iba á dormir sin estar bien informado antes, si habia alguno en la antesala que necesitase de su limosna; porque su Palacio mas parecia guarida de pobres, que habitacion de Principe. Tenia un limosnero no menos caritativo, que vigilante, el qual tenia cuidado, no solo de socorrer á los pobres en sus necesidades, sino tambien de buscarlas; y debia darle cuenta de ello todos los dias. O! y quantas veces sabiendo nuestro caritativo Arzobispo, que algun pobre no habia sido socorrido por el limosnero como pedia la necesidad, y le dictaba su compasivo corazon, se afligia en tanta manera, que era menester que el limosnero fuese de noche á casa del tal pobre, y con segunda y mas abundante limosna supliese el defecto de la primera. Daba la comida á seis pobres diariamente, y esto con tal abundancia, que bastase aun para cenar la menesterosa familia. Su Palacio era de ordinario el albergue de los pasajeros, mayormente Sacerdotes, y Soldados.

26 Pero donde resplandecia mas la caridad de nuestro Beato, era en las necesidades

dades publicas. En cinco meses de carestia expendió en solo la Ciudad de Valencia, para comprar grano, y repartir el pan de limosna, quatro mil setecientos treinta y ocho escudos, sin contar las abundantes limosnas diarias. Lo mismo hizo en la Ciudad de Xativa, y en las Villas de Carcagente y Onteniente. Despues para socorrer con mas prontitud á sus pobres, tenia en un escritorio prevenida buena cantidad de dinero, á mas de la gran provision que habia en almacenes de zapatos, medias, camisas, sabanas, capas, capotes, enaguas, alpargatas, y otras mil cosas. Mantenía muchas camas para los enfermos, á quienes visitaba y consolaba personalmente: muchas amas de leche para los niños pobres. Su primer cuidado quando visitaba el Obispado y llegaba á algun pueblo, era informarse de los pobres que habia, y socorrer sus miserias. ¿Que diré de las limosnas que distribuía entre aquellas familias, á quienes no era decente pordiosear? ¿que de la industria con que hacia esta caridad? Las caxas de dulce, los pollos guisados, y los pasteles eran

eran comunmente los que cubrian y encerraban ya los docientos, y muchas veces quatrocientos escudos, que enviaba á aquellos pobres vergonzantes, acompañándolos con este gracioso recado: *El Señor Arzobispo envia á Vmd. esta expresion, creyendo le gustará por ser cosa buena, y hecha en su casa.*

27 De las sobredichas virtudes no andaban separadas las demas, las quales aunque pueden comprehenderse en las primeras, con todo para satisfacer la devocion del piadoso lector, no será impropio el apuntarlas. Primeramente la virtud de la justicia fue en D. Juan no menos admirable, que constante, especialmente siendo Virrey de Valencia, sabiendo unir con destreza de Santo las dos potestades espiritual y temporal: dando al Cesar lo que era del Cesar; y á Dios lo que era de Dios. Jamas castigó reo alguno sin haberlo antes reprehendido y amonestado privadamente, por lo menos dos veces. Desterró del Reyno de Valencia las mugeres publicas, los jugadores, los vagabundos, los ociosos, y todos los perjudiciales á la sociedad. Tenia asalaria-

riadas muchas personas para saber el porte de sus subditos, mayormente Jueces, Ministros, y Nobles: y así como era compasivo en el amonestar á los delinquentes, también quando esto no bastaba, era inexorable é inflexible en el castigo. En suma fue tal su justicia, que en poco tiempo quedó tan enteramente tranquila la Ciudad de Valencia, que no solo no habia muertes violentas ó robos, pero ni cosa alguna que pudiese turbar el buen orden.

28 A mas el espiritu de mortificacion y penitencia parecia infuso por Dios en el alma de nuestro Beato desde la mas tierna edad, en la qual ya habia empezado á quebrantar las propias pasiones, sujetandolas al espiritu, y á la razon con el frecuente uso de asperos cilicios, de sangrientas disciplinas, y rigurosos ayunos: costumbre que siguió hasta el sepulcro. Por espacio de treinta y dos años no comió sino una vez al dia, y esto muchas veces era solo un pedazo de pan, sin beber ni aun agua, aunque la apetecia mucho, y no probaba el vino. Su comida ordinaria era pescado salado,

do, frutas, yerbas, &c. Se retiraba muchas veces á un Convento de PP. Franciscanos, para redoblar las penitencias y la oracion, y alli tenia mandado á un Religioso su confidente, que le pusiese siempre axenjos en la comida.

29 Un espiritu pues tan mortificado debia ciertamente ser casto y humilde; y en efecto, si desde joven era llamado: *La casta doncella*, quando Arzobispo era el exemplar de tan hermosa virtud, en la que fue tal su delicadez, que tenia rigurosamente mandado á sus familiares, que no le dexasen solo quando daba audiencia á mugeres. Jamas vió desnuda parte alguna de su cuerpo; ni se mudó ó vistió nunca, sino estando cerradas puertas y ventanas. ¿Que diré de su humildad y mansedumbre? Fue infamado, y abrazó al infamador: fue ultrajado en pleno Capitulo por un Sacerdote subdito suyo, y no solo lo agasaja amorosamente, sino tambien lo regala, enviándole diez escudos: ni esto debe causar maravilla, pues se tenia por la criatura mas vil é indigna del mundo, por lo que ni aun queria que le saludasen.

30 Con este tenor virtuoso y constante de vida llegó nuestro Beato cerca de los setenta y nueve años de edad, quando el Señor determinó llamarlo para sí, á gozar el premio de sus heroycas virtudes. Al principio de Diciembre de 1610 fue acometido de un molesto constipado, que si en una edad tan avanzada era peligroso, con todo los Medicos no temian funestas consequencias; pero él que conocia bien la voz de Dios, que lo llamaba desde el primer dia que se puso en cama, dixo claramente, y lo repitió despues muchas veces, que aquella sería su ultima enfermedad. Los actos de paciencia y humildad que entonces exercitó, qual fuese su devocion, quanto tiempo empleó en la oracion, los actos de Fe y amor á su Dios, y que virtudes finalmente practicó en esta ocasion; se podrá facilmente comprehender, ya por la virtuosa é inocente vida que hasta alli habia tenido, ya del gran deseo de ir á gozar de su amado Dios.

31 Alargóse la enfermedad en un estado indeciso hasta el dia 27 de Diciembre,

bre, y en este habiendose agravado, quiso D. Juan recibir el Santo Viatico. Habiendo llegado el Señor á su aposento, lo recibió vestido de Pontifical, y humildemente postrado en tierra arrodillado; y en esta postura lo hubiera recibido, si su gran fervor, las lagrimas, y los actos de humildad, de Fe, Esperanza y Caridad, que fervorosamente hacia, no le hubiesen debilitado tanto, que fue menester que con trabajo, ayudado de sus familiares, comulgase asentado. Y aunque en los dias siguientes tuviese al parecer mejoría, venido el dia 5 de Enero, de tal modo se agravó la enfermedad, que se conoció bien estar próximo su feliz transito. Habiendo pues recibido de nuevo la Sagrada Eucaristia, y despues la Extrema-Uncion, rezado muy devotamente la recomendacion del alma, á la tercera vez que invocó el Santo Nombre de su dulcísimo Jesus, con semblante alegre y de gloria entregó el alma á su Criador á las tres de la mañana del Jueves 6 de Enero de 1611, á los setenta y nueve años menos tres meses de edad, habiendo goberna-

na-

nado la Iglesia de Valencia quarenta y un años, nueve meses, y diez y siete dias.

32 Para satisfacer la devocion del inmenso pueblo que concurrió hasta de doce leguas, fue necesario tenerle expuesto al publico por tres dias: y porque era muy grande la fama de santidad con que murió nuestro Beato, y el Señor tambien habia obrado muchos prodigios por su intercesion, se principiaron inmediatamente las diligencias y procesos ordinarios, para introducir la causa de Beatificacion y Canonizacion. Despues esta causa por varios motivos y estorbos se difirió hasta el año 1759, en el que la Santidad de Clemente XIII. en el dia 27 de Noviembre con el previo y unanime consentimiento de los Eminentísimos Cardenales dió el Decreto aprobativo de las virtudes en grado heroyco del Patriarca D. Juan de Ribera. Despues la Santidad del reynante Sumo Pontifice Pio VI. á 19 de Marzo del corriente año 1796 publicó el Decreto de aprobacion de dos milagros presentados en la Congregacion General, y finalmente dió el Decreto de Beatificacion.

33 De los dos milagros aprobados, el primero se obró en persona de Geronimo Herrero, Acolito del Real Colegio fundado en Valencia por nuestro Beato. Se hallaba el dicho en la edad de sesenta y quatro años, quando le acometió una mortal aplopegia, de la que resultó quedar enteramente baldado de la cintura abaxo, de modo que no sentia ni aun las punzadas de los alfileres. Despues de habersele aplicado durante dos años todos los remedios posibles por los mejores Medicos, fallaron estos, que el mal era incurable. Y sino hay pues remedio para mí (dixo Geronimo) en la humana medicina, la habrá por la intercesion de nuestro Santo Patriarca: ¡cosa prodigiosa! Se hacia la Procesion del *Corpus*, y Geronimo pedia fervorosamente á nuestro Beato, que á lo menos le alcanzase del Señor el poder ver desde la ventana, y adorar al *Santisimo Sacramento*. Instantaneamente sintió reanimados los perdidos miembros, y recobradas las fuerzas: levantóse, se vistió por sí mismo, fue á la ventana, adoró al Señor, y le dió gracias de haber  
por

por intercesion del Beato recobrado la salud, que conservó los muchos años que vivió despues.

34 El segundo sucedió en la persona de Chrisogono Almella de edad de doce años, asaltado de una grande inflamacion de estomago, con ardentísima calentura, la que no solo por el peligro propio de la enfermedad, sino tambien por muchos complicados accidentes de vomito continuo, y perdida de las fuerzas vitales, juzgó al tercero dia por incurable el Doctor Tudela, Catedratico de Prima de Medicina: creyendo proxíma la muerte, mandó que se confesase. Al quarto dia juzgaba ya el Doctor Tudela, que Chrisogono habia muerto; no obstante envió un criado á saber que habia ocurrido: al oir que el enfermo habia curado, marchó inmediatamente á casa del dicho, y viendolo no solo sano, mas tambien sin reliquia ó señal alguna de enfermedad, preguntó atonito: Si se le habia recomendado á algun Santo: los padres respondieron, que ellos habian recurrido al Santo Patriarca Juan de Ribera: no podia

dia (dixo entonces el Doctor Tudela) haber curado de tan grave enfermedad, sino teniendo para con Dios tan poderoso intercesor.

**Puede imprimirse:**

*Dr. Barga.*

**Imprimase:**

*Llamas.*



